



VI.

FELICIA RUYS.

Y vuestro hijo, Jenkins, ¿qué se ha hecho?... ¿Cómo es que no se le ve nunca en vuestra casa?... Era un chico simpático.

Y diciendo esto en aquel tono de sequedad desdeñosa que empleaba casi siempre para con el irlandés, Felicia trabajaba en el busto del Nabab que acababa de comenzar, arreglaba el modelo, dejaba y volvía á tomar el palillo, secaba los dedos en la esponjilla, mientras la luz y la tranquilidad de una hermosa tarde de domingo se cernían al través de la ronda acristalada del taller. Felicia «recibía» los domingos, si

recibir es dejar la puerta abierta y que entren, salgan, tomen asiento un momento los visitantes sin dejar por ello el comenzado trabajo, ni interrumpir siquiera, para saludar al que llega, la discusión pendiente. Había allí artistas, cabezas vivarachas, barbas rutilantes, con alguno que otro vellón blanco de antiguos románticos amigos de Ruys padre; y con ellos un sin fin de aficionados, hombres de mundo, banqueros, corredores, y tal cual mozalbete que iba más que por el arte, por la artista, y para tener el derecho de decir en el club por la noche: «Hoy he estado en casa de Felicia.» Confundido entre ellos, callado, absorto en una admiración que le iba ganando el alma paso á paso, Pablo de Géry se esforzaba en encontrar la clave de aquella gentil esfinge cubierta de cachemira roja y de guipures, que tallaba briosamente el barro, con un delantal de bruñidora hasta cerca del cuello, del cual surgía la testa pequeña y altiva, con esos tonos transparentes, esos vislumbres de rayos velados con que el genio, la inspiración colorean los rostros privilegiados. Pablo conservaba fijo en su mente lo que de ella había oído decir, procuraba formarse una opinión propia, dudaba, lleno de turbación á la vez que de encanto, jurando cada domingo no volver, y no faltando el domingo siguiente. Figuraba también allí invariablemente, siempre en el mismo sitio, una mujercita de cabello canoso y empolvado, ceñido por una toquilla el sonrosado rostro, pálido un tanto descolorido por los años, que á la discreta luz de una ventana sonreía dulcemente, aplanadas las manos encima de las rodillas en una inmovilidad de fakir. Jenkins, amable siempre, con su cara bonachona, sus ojos negros y su aire de apóstol, iba del uno al otro, de todos conocido y amado de todos. Tampoco él hacía falta á ninguno de los días de Felicia; y no era poca ciertamente la paciencia que desplegaba siendo como eran para él, y para él tan sólo, los sofiones de la artista y de la hermosa. Como si nada notase, con su sempiterna serenidad sonriente, benévola, seguía visitando á la hija de su viejo Ruys, de aquel á quien tanto había amado y cuidado hasta el postrer momento.

Esta vez, con todo, la pregunta que acababa de dirigirle Felicia acerca de su hijo le pareció por todo extremo desagradable, y fué con verdadero fruncimiento de cejas, con expresión real de mal humor que contestó:

—¿Qué se ha hecho de él? pues á fe que estoy tan enterado como vos... Nos ha abandonado por completo... Con nosotros se fastidiaba... prefiere su bohemia...

Felicia dió un salto que dejó sobresaltados á todos, y con los ojos inflamados, los labios temblorosos:

—Esto no se puede aguardar... En suma, Jenkins, ¿qué es lo que entendéis por la bohemia?... Palabra encantadora, entre paréntesis, que habría de evocar largas correrías errantes en pleno sol, el alto cabe las arboledas, las primicias de las frutas y de las fuentes cogidas al azar del camino... Mas ya que de semejante idilio hacéis vos una injuria, un estigma, vamos á ver, ¿á quién se la aplicáis?... ¿á cuatro pobres diablos con melena, enamorados de la independencia andrajosa, que revientan de hambre en un rincón de buhardilla mirando el azul de demasiado cerca, ó huroneando consonantes bajo un miserable techo lleno de goteras, á esos cuantos locos, menos en número cada día, que por horror al cliché, á lo tradicional, á lo bestial de la vida, han saltado á pié juntillas á su margen?... La muletilla de siempre. La bohemia de Murger con el hospital por contera, el coco de los niños, salvaguardia de los padres de familia, la caperuza roja que los lobos se comieron... Señor mío, á otro perro con ese hueso... Hoy sabéis perfectamente que los artistas son la gente más conforme que hay bajo la capa del sol, sabéis que ganan dinero, que pagan sus deudas, y se las componen lo mejor que pueden para parecerse á todo el mundo... No faltan, sin embargo, bohemios verdaderos, antes abundan hoy más que nunca, pero es entre vosotros donde se encuentran... ¡Oh, santo cielo! y que no llevan contraseña aparente, ni inspiran desconfianza á nadie: pero por lo incierto, por lo flotante de su existencia, nada tienen que envidiar á esos que con tanto énfasis llaman ellos unos «irregulares...» ¡Ah! si se viesen las torpezas, las historias fantásticas, ¿por qué no monstruosas? que se esconden á veces debajo de un traje de etiqueta, el más correcto de vuestros horribles trajes modernos! Mirad, Jenkins, la otra noche, en vuestros salones, me entretenía en pasar revista á todos esos aventureros de la alta...

La viejecita sonrosada y empolvada la interrumpió con dulzura desde su asiento:

—Felicia... cuidado.

Pero ella prosiguió sin hacer caso:

—Vamos á ver, doctor, ¿qué es más que un aventurero vuestro Monpavon? ¿Y Bois-l'Héry?... El mismo Mora, ¿qué es en definitiva?... Y...

Iba á decir: ¿y el Nabab? pero se contuvo.

—¡Y tantos otros! Sí, sí, bien hecho, os aconsejo que habléis con menosprecio de la bohemia... ¡Pero si vuestra clientela de médico en moda ¡oh sublime Jenkins! no se compone más que de esto! Bohemia de la industria, de la Bolsa, de la política: la escoria, la polilla de todas las castas, y cuanto más se sube más abunda, porque el rango da la impunidad, y un puñado de monedas cierra muchas bocas.

Felicia hablaba con animación, en tono acre, con el labio contraído por un desdén feroz. El doctor se reía con falsa risita, y adoptando un tono condescendiente, ligero... «¡Ah! loquilla... loquilla...» Y su mirada se volvía, inquieta y suplicante, hacia el Nabab, como pidiéndole perdón por todas aquellas impertinencias paradójicas.

Jansoulet, empero, lejos de darse por ofendido, engreído como estaba de servir de modelo á tan sin igual artista, orgulloso de la honra que le reportaba, movía la cabeza en señal de asentimiento:

—Y razón que le sobra, Jenkins, dijo por fin, sí y mucha. La verdadera bohemia somos nosotros. Aquí estoy yo, por ejemplo, ahí está Hemerlingue, dos ricachos de á tomo y lomo de París. ¡Cuando pienso en la manera como empezamos, y los mil y un oficios á cuyo través nos hemos ido arrastrando! Hemerlingue, un ex-cantinerero de regimiento; yo que para ganarme un pedazo de pan trajinaba sacos de trigo en el puerto de Marsella... Y las chiripas que han ido engordando nuestra fortuna, como engordan hoy todas... Y si no, voto va... pasaos de tres á cinco por los pórticos de la Bolsa... Mas, perdonad, señorita, con mi manía de gesticular cuando hablo, se me ha ido al traste la postura... ¿Vamos á ver... así?

—Es inútil, dijo Felicia tirando el palillo con ademán de niña mimada. Hoy no haríamos nada.

Era en realidad la tal Felicia una muchacha bien rara. Verdadera hija de artista, de un artista desarreglado y genial,

completamente á la manera romántica, como Sebastián Ruys. No había conocido á su madre, fruto como era de uno de esos amores pasajeros que se metían de rondón en la vida de soltero del escultor, como las golondrinas en una casa cuya puerta está franca siempre, y que volvían á salir al punto porque no encontraban dónde hacer nido.

Esta vez, la golondrina, al emprender su vuelo, dejó al gran artista, que tendría á la sazón sus cuarenta, una hermosa niña, á la cual reconoció é hizo educar, y que llegó á ser la alegría, la pasión de su existencia. Hasta la edad de trece años Felicia había permanecido con su padre, amenizando con una nota suave é infantil aquel taller repleto de curiosos, de modelos, de corpulentos galgos tendidos de bruces por los divanes. Había en él un ángulo reservado para la niña, para sus ensayos de escultura, toda una instalación microscópica, con su trébedes, su cera correspondiente: y el viejo Ruys gritaba al ver entrar á alguien:

—No pases por ahí... Cuidado con desarreglarlo... es el rincón de la chiquilla...

De ahí que, á los diez años, apenas sabía leer, pero, en cambio, manejaba el palillo con destreza maravillosa. Ruys hubiera querido conservar siempre á su lado á aquella muchacha que no le estorbaba en lo más mínimo, afiliada como estaba, desde pequeña, á la santa hermandad. Pero era conciencia el ver á la rapazuela bogando suelta por entre las maneras hartas de los abonados de la casa, por entre el continuo trasiego de modelos, las discusiones de un arte, por decirlo así, completamente físico, y aun por entre las ruidosas francachelas dominicales, sentada en medio de cinco ó seis mujeres á quienes su padre tuteaba, actrices, bailarinas ó cantantes, y que, luégo de haber comido, se echaban de codos en la mesa, su cigarro en la boca, regodeándose con las historietas escandalosas que hacían las delicias del dueño de la casa. Por fortuna, protege á la infancia cierto candor resistente, de tan bruñido esmalte que por él resbalan todas las inmundicias. Felicia se volvía alborotada, turbulenta, mal criada, pero virgen de cuanto cruzaba por encima de su alma á flor de tierra.

Cada año, el verano, iba á pasar una temporada con su madrina, Constanza Crenmitz, la Crenmitz mayor, á quien

Europa entera había conocido durante tantos años por «la ilustre bailarina,» y que vivía retirada en una casita de Fontainebleau.

La llegada del «diablillo» introducía en el hogar de la anciana bailarina una agitación pasajera, para reponerse de la cual le quedaba todo el resto del año. Los sustos que le daba la chicuela con sus atrevimientos en encaramarse por todas partes, en saltar, en montar á caballo, todos los arrebatos de su fogoso temperamento, le hacían tan deliciosa como terrible aquella estancia veraniega; deliciosa, porque idolatraba en Felicia, único cacho de familia que le restaba á la pobre salamandra de reemplazo tras treinta años de pasos de punta al resplandor del gas; terrible, porque el diablillo forrajaba sin compasión por la morada de la bailarina, decorada, aseada, perfumada como su cuarto de la Ópera, y enriquecida con un museo de recuerdos fechados en todos los escenarios del mundo.

Constanza Crenmitz fué el único elemento femenino en la niñez de Felicia. Fútil, de escasos alcances, con la rosada malla pegada á su espíritu por toda la vida, tenía á lo menos la coquetería del aseo, dedos ágiles que sabían coser, bordar, componer, imprimir en los rincones todos de una habitación su huella leve y minuciosa. Sólo á ella se le ocurrió enderezar aquel retoño bravío, y despertar discretamente la mujer en aquel ente raro en cuyos hombros los abrigos, las pieles, cuanto inventaba la moda de elegante, caían en pliegues acartonados ó se quebraban en inesperados cortes.

Ella fué también—cálculése si estaría abandonada aquella pobre niña—quien, triunfando del egoísmo paterno, obtuvo del escultor una separación indispensable, al llegar Felicia á los doce ó trece años; y ella quien cargó con la responsabilidad de buscarle un colegio á propósito, colegio que adrede cuidó que fuese bien normal y de gente de su casa, situado en la parte alta de un barrio perfectamente oreado, en un grandioso edificio antiguo cercado de altos muros y de frondosos árboles, una especie de convento, sin el rigorismo, ni el menosprecio de los estudios serios.

Muy al revés, las educandas del establecimiento de madame Belin trabajaban mucho, sin más salida que la de las principales festividades, ni otra comunicación con el exterior que la

visita de la familia, los jueves, en un jardincito plantado de arbustos en flor ó en el espacioso locutorio de puertas con esculpidos y dorados remates. La primera entrada de Felicia en aquella casa semimonástica produjo cierto rum-rum; su traje, escogido por la bailarina austríaca, sus cabellos que le caían en bucles hasta la cintura, su porte descaderado y amuchachado le valieron por de momento cierta inquina, pero al fin era parisiense, y, como tal, pronta á adaptarse á todas las situaciones y á todos los lugares. Pocos días después, nadie vestía como ella el pequeño delantal negro, en el cual las más coquetas ponían su reloj, la falda lisa,—prescripción dura y severa por aquellos tiempos en que la moda alargaba á las mujeres con una infinidad de volantes,—y el tocado de uniforme, cabellos lisos, partidos por el centro y recogidos cerca de la nuca, á la manera de las campesinas romanas.

Por un fenómeno extraño, la asiduidad de las clases, su regularidad apacible cuadraron perfectamente á la naturaleza de Felicia, despejada y aguda, en quien la afición al estudio se templaba con una expansión juvenil á sus anchas en el alborotado buen humor de las horas de recreo. Pronto se hizo querer. Entre aquella porción de hijas de industriales pudientes, de notarios parisienses ó de hacendados nobles, pequeño mundo de buena cepa, un si es no es afectado, el nombre bien conocido del viejo Ruys, el respeto que París tributa á las reputaciones artísticas, valiéronle á Felicia un lugar aparte y muy distinguido, que hicieron más brillante todavía sus triunfos escolares, su raro talento de dibujante y su hermosura, esta superioridad que aun entre las muchachas logra imponerse.

En la atmósfera purificada del colegio Felicia sentía un placer extremado en feminizarse, en recuperar su sexo, en aprender un orden y una regularidad muy otros de los que le enseñara la amable bailarina cuyos besos sabían todavía á colorete, y cuyas expansiones se traducían en contoneos no del todo naturales. Ruys se extasiaba, cada vez que iba á ver á su hija, al encontrarla más señorita, al verla entrar, andar, salir siempre de una pieza, con aquella linda reverencia que hacía soñar á todas las colegialas de la señora Belin con el roce de una larga cola.

Al principio menudeaba sus visitas, pero luégo, falto de

tiempo para todos los trabajos aceptados y emprendidos, cuyo pago anticipado cubría á duras penas los excesos de su desarreglado modo de vivir, fué acudiendo con menor puntualidad al locutorio. Sobrevino á todas éstas la enfermedad. Vencido de una anemia incurable, pasaba semanas enteras sin salir y aun sin trabajar. Quiso entonces recobrar á su hija, y desde el colegio sombreado por una paz tan saludable, Felicia volvió á entrar en el taller de su padre frecuentado por los comensales de siempre, turba de parásitos que sienta sus reales en torno de toda celebridad, entre los cuales había la enfermedad introducido un nuevo personaje, el doctor Jenkins.

El rostro campechano, el aire de franqueza, de serenidad que respiraba en su persona aquel facultativo, ya renombrado á la sazón, que hablaba de su arte con tan poco respeto y que, sin embargo, hacía curas milagrosas, los cuidados de que rodeaba á su padre, produjeron una gran impresión en la joven. No tardó Jenkins en ser el amigo, el confidente, un tutor vigilante y cariñoso. Cuando á veces, en el taller, alguien—comenzando por su padre—soltaba alguna palabra demasiado atrevida, un chiste algún tanto vidrioso, el irlandés fruncía el ceño, hacía chasquear la lengua, ó bien procuraba distraer la atención de Felicia. Muchas veces se la llevaba á su casa á pasar el día con la señora Jenkins, esforzándose en impedir que volviese á ser el diablillo incivilizado de antes del colegio, ó algo peor todavía, lo cual era de temer dado el abandono moral, el peor de los abandonos, en que se la dejaba.

Pero la joven tenía, para su defensa, mejor aún que el ejemplo irreprochable y mundano de la bella señora de Jenkins, el arte en el cual adoraba, el entusiasmo con que el mismo ponía en revolución todo su sér, el sentimiento de la belleza, de la verdad, el cual, desde su cerebro reflexivo saturado de ideas, trascendía á sus dedos con una ligera convulsión de nervios, con un anhelo de la cosa hecha, de la imagen realizada. Pasaba los días enteros ocupada en su escultura, dando cuerpo á sus visiones con ese acierto instintivo de la juventud á que deben su singular hechizo las primeras obras; de ahí que no echase tanto de menos la austeridad del colegio Belin, resguardadora y ligera como el velo de una novicia sin

votos, y que se encontrase al abrigo de las conversaciones peligrosas, en que lo exclusivo de su preocupación ni le dejaba siquiera poner mientes.

Ruys se sentía orgulloso de aquel talento que crecía á su lado. Más abatido cada día, de lleno ya en aquella fase en que el artista se echa de menos á sí mismo, seguía á Felicia con el consuelo de quien veía en ella el complemento final de su carrera. El palillo que temblaba en su mano era cogido al punto con una firmeza, una seguridad viriles, templadas por esa delicadeza natural que la mujer sabe aplicar á la realización de un arte. Singular sensación la de esta paternidad noble, de esta supervivencia del genio que abandona al que se va por el que viene, á la manera de esos hermosos pájaros domésticos que la víspera de una muerte dejan el techo amenazado para volar en busca de otra morada menos triste.

En la última época, Felicia, gran artista ya á pesar de sus pocos años, ejecutaba la mitad de los trabajos de su padre; y nada más encantador que aquella colaboración del padre y de la hija en un mismo taller, al rededor de un mismo grupo. No todo era, sin embargo, armonía. Por más que discípula de su padre, Felicia sentía ya su personalidad rebelde á una dirección despótica. Tenía esas audacias de principiante, esas presencias del porvenir reservadas á los talentos jóvenes, y, contra la tradición romántica de Sebastián Ruys, una tendencia al realismo moderno, una necesidad de clavar aquella antigua enseña de gloria en algún monumento nuevo.

Trabábanse entonces terribles disputas, polémicas acaloradas en que siempre salía vencido el padre, acorralado por la lógica de su hija, asustado al ver el camino que adelantan los noveles al tiempo que los viejos, que les han franqueado la barrera, permanecen inmóviles en el punto de partida. Cuando trabajaba para él, Felicia cedía con mayor facilidad, pero en tratándose de obras suyas propias no transigía. Así, por ejemplo, el *Jugador de bolos*, la primera obra que expuso y que obtuvo tan gran éxito en el Salón de 1862, fué ocasión de escenas violentas entre los dos artistas, de controversias tan empeñadas, que Jenkins hubo de intervenir y asistir al envío del yeso que Ruys había amenazado con hacer añicos.

Fuera de estos pequeños dramas que no afectaban en lo más mínimo á los tiernos sentimientos de sus corazones,

aquellos dos seres se adoraban con el presentimiento y, paso á paso, con la dura certidumbre de una separación próxima, cuando, de pronto, acaeció en la vida de Felicia un horrible suceso. Un día, como tantos otros, Jenkins se la había llevado á comer á su casa. Su señora y su hijo se habían ausentado para un viaje de dos días; pero la edad del doctor y su intimidad casi paternal le autorizaban para tener en su compañía, aun en ausencia de su mujer, á aquella muchacha, cuyos quince años, los quince años de una judía de Oriente espléndida de belleza precoz, la hacían frisar aun en la infancia.

La comida fué alegre; Jenkins estuvo amable y cordial como siempre. Pasaron luego al despacho del doctor, cuando de pronto, sentados en el diván, á la mitad de una conversación íntima, completamente amistosa, acerca de su padre, de su salud y de las obras que entrambos ejecutaban, Felicia sintió como el frío de un abismo entre ella y aquel hombre, y, en seguida, la zarpada brutal de una pata de fauno. Apareciósele en aquel punto un Jenkins desconocido, ebrio, balbuciente, con risa boba, manos ultrajantes. En la sorpresa, en lo inesperado de aquella arremetida de bruto, otra que no hubiese sido Felicia, una niña de su edad pero realmente inocente, hubiera estado perdida. Lo que á ella la salvó, pobre muchacha, fué precisamente el saber lo que sabía. ¡Había oído contar tantas en la mesa de su padre! Y luego, el arte, la vida de taller... En fin, que no era una ciega. Al punto comprendió lo que significaba aquella embestida, luchó, saltó, por fin; no sintiéndose bastante fuerte, se echó á gritar. Jenkins tuvo miedo, soltó la presa, y de súbito ella se encontró de pié, desasida y con él á sus plantas llorando, pidiendo perdón... Había cedido á un raptó de locura... ¡Era tan hermosa! ¡la quería tanto! Hacía meses que luchaba... Pero ya todo había acabado, nunca más, oh! nunca más... Ni aun atreverse á tocar el borde de su vestido... Ella no contestaba, temblaba, se arreglaba el cabello, el traje, con mano convulsa. Quería irse en seguida, sola. Jenkins la hizo acompañar por una criada, y al oído, en el momento de subir al carruaje: «Sobre todo ni una palabra... Mataríais á vuestro padre.» Conocióla tan á fondo, estaba tan seguro de que con esta idea le cerraría los labios, ¡miserable! que al día siguiente volvió á su casa como si nada hubiese sucedido, campechano como